

todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas sólo porque olía á queso.

Dijo Tosilos á Sancho: «—Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

5 —¿Cómo debe?— respondió Sancho. —No debe nada á nadie, que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él; pero, ¿qué aprovecha? Y más agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna.»

10 Rogóle Tosilos le contase lo que le había sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase; que otro día, si se encontrasen, habría lugar para ello. Y, levantándose, después de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas^a, antecogió al rucio, y^b, diciendo á Dios, dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

^a ...sacudido del sayo y las barbas las migajas, antecogió. ARG., BENJ. — | ^b ...al Rucio, diciendo á Dios. ARG., BENJ.

ducida en este pasaje por la de Valencia, *paz y*, y señalamos como variante la voz *compañía*.

«Y el Conde gelo otorgó, e metieronse luego al camino, demudadas las vestiduras como mercaderes, y lleuaron consigo poco *compañía*... Enrique et sus *compañías* entraron sobre la mar e ouieron muy buen tiempo.» (*Enrique fl d'Oliva*. — Ed. «Bibliófilos Españoles», pág. 26 y 69.)

12. ...habría lugar para ello. — Dice el crítico aquí tantas veces citado: «Yendo Tosilos á Barcelona y viniendo Sancho de esta ciudad, las palabras «si se encontrasen» pueden mirarse como un chiste del segundo; y no carecen por cierto de él.» No hay tal chiste, por cuanto ¿quién había de decir á D. Quijote que llegaría día que volvería á encontrar al muchacho Andrés, el azotado y estafado por Juan Halduno? ¿Quién había de decir á Sancho que daría de bruces con Ginesillo y recobraría el rucio, hurtado por éste? «Los hombres se encuentran que las montañas no», dice la gente del pueblo; y Sancho, fiel reflejo de la clase popular, pudo decir, sin pensar hacer chiste alguno, «...que otro día, si se encontrasen, habría lugar para ello».



CAPÍTULO LXVII

De la resolución que tomó D. Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos

5 Si muchos pensamientos fatigaban^a á D. Quijote antes de ser derribado, muchos más le fatigaron^b después de caído. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho; y allí, como moscas á la miel, le acudían y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto

^a ...fatigaron. ARG., — ^b ...fatigaban. ARG., — ^c ...sombra de un árbol. TOR.

Línea 2. ...de hacerse pastor. — «Es de notar, — dice Clemencin, — que en la primera parte del *Quijote*, son más frecuentes que en la segunda, las alusiones á los pasajes y al lenguaje de los libros caballerescos. Es decir, que en lo satírico de la primera parte tocó más ración á la manía de los libros caballerescos y menos á otros vicios de la vida civil; pues atendida la fecunda inventiva de Cervantes, no es de creer hubiese apurado la materia.»

Cierto, hasta llegar al cap. 64, Cervantes no había apurado la materia suministrada por los libros de caballerías; pero, vencido el héroe, para nada le podían servir las crónicas de los Amadises y Palmerines, por cuanto el protagonista de su sin par novela había de pasar un año sin empuñar las armas; y estando en boga, en aquel tiempo, no las obras andantescas, sino las pseudo-pastoriles (las *Amarilis*, *Dianas* y *Galateas*), quiso censurar la nueva plaga que invadía el campo de las letras, y á este fin ideó que el andante fundara una nueva Arcadia, á imitación de lo que había hecho al hacerse caballero aventurero.

Recuerde el lector lo que se lee en el penúltimo capítulo de esta parte, y se verá que, á no morir D. Quijote, hubiera parodiado á los Silvanos y Sirenios, Arsileos y Partenios, Delicios y Montanos.

de Dulcinea, y otros á la vida que había de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóla^a la liberal condición del lacayo Tosilos.

«—¿Es posible, — le dijo D. Quijote, — que todavía, ¡oh Sancho!, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada^b en labradora, y al Caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora: ¿preguntaste, á ese Tosilos que dices^c, qué ha hecho Dios de Altisidora? ¿Si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban?»

—No eran, — respondió Sancho, — los que yo tenía, tales que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! Señor: ¿está

a. ...alabóla. C. — b. ...transformada. A., CL., RIV., GASP. — c. ...que dicen, que. BR.

2. ...alabóla. — Elogiar, celebrar con palabras.

«PINABEL. Si no hay gobierno *alabado*
En una casa sin hombre,
¿Qué hará donde hay un Estado?»

(LOPE DE VEGA, *El castigo del penseque*, I, 8.)

«DON RAMIRO. Bien le podeis *alabar*
Que dicen que ahora se usa.»

(LOPE DE VEGA, *La discreta venganza*, I, 14.)

Y la misma significación tiene en los siguientes pasajes del *Don Quijote*:

«...el grave no la desprecie, ni el prudente deje de *alabarla*.... aborrecidos de tantos y *alabados* de muchos más » (I, pról.; — t. I, pág. 27, línea 11 y 14.)

«...con todo, *alababa* en su autor aquel acabar su libro.» (I, 1; — t. I, pág. 56, línea 11.)

«...como se debe *alabado* caballero D. Quijote de la Mancha.» (I, 1; — t. I, pág. 65, línea 12.)

«...*alabándote*, me dijo.» (I, 11; — t. I, pág. 246, línea 20.)

«...y el nunca como se debe *alabado* Tirante el Blanco.» (I, 13; — t. I, pág. 267, línea 1.)

11. ...los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? — El psicólogo tomaría nota de este minúsculo detalle, cual es la pregunta que hace el andante á su escudero con el fin de saber algo de la enamorada Altisidora. Aun cuando el amor de Dulcinea es el foco principal que irradia el corazón de D. Quijote, no por esto siente odio ni animadversión hacia aquellos seres que, como Maritornes, Altisidora y las amigas de la esposa de D. Antonio Moreno, quieren hacerse dueños y señores (al pensar de D. Quijote) del andante.

14. ¡Cuerpo de mí!... especialmente amorosos? — Una vez más muéstrase, de manera patente, el distinto modo de pensar entre el andante y el escu-

vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?

—Mira, Sancho, — dijo D. Quijote: — mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor á las que se hacen por agradecimiento^a. Bien puede ser que un caballero sea desamorado, pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora: díome los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse á despecho

a. ...agradecimiento. BR.

dero. Al comenzar el capítulo, nos dice el novelista que algunas ideas acudían á la imaginación del hidalgo y que «unas iban al desencanto de Dulcinea». Poco después pregunta D. Quijote á Sancho que qué ha dicho Tosilos de la enamorada Altisidora. ¡Siempre el amor, en sus múltiples y variadas formas, dominando de manera soberana en el alma del excelso paladin!

5. *Bien puede ser que un caballero sea desamorado.* — No opinaba así nuestro hidalgo cuando determinó hacerse caballero andante, porque, después de haber limpiado «sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre á su rocín, y confirmandose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma». (I, 1; — t. I, pág. 64, línea 9.)

Y, si esto no bastase para demostrar de un modo evidente que aquí se contradice nuestro héroe, no estará por demás transcribir aquellas palabras que le dice Vivaldo:

«...yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados.

— Eso no puede ser, — respondió D. Quijote. — Digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas; y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y, por el mismo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legitimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón.» (I, 13; — t. I, pág. 272, línea 14.)

7. ...díome los tres tocadores que sabes. — Aunque ya se ha enterado el lector de que hasta el momento preciso de la salida del palacio de los Duques nada sabía D. Quijote de los tocadores de Altisidora que guardaba Sancho, el dirigirse ésta al famoso andante y decirle:

«Llévaste tres *tocadores*
Y unas ligas de unas piernas
Que al mármol Paro se igualan
En lisas, blancas y netas.»

es causa de que ahora diga el héroe manchego: «...díome los tres *tocadores* e sabes.»

de^a la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle ni tesoros que ofrecerle, porque las mías las tengo entregadas á Dulcinea, y los tesoros de los caballeros andantes son, como los de los duendes, aparentes y falsos; y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio, pero^b, de los

a. ...à despecho en la vergüenza. BR., A.1., PELL., CL., RIV., GASP., ARG.1.,
 — b. ...perjuicio, empero de los. TON., BENJ., FK.

3. ...porque las mías las tengo entregadas á Dulcinea. — Si tuviésemos que colocar en algún ciclo caballeresco las gestas de nuestro paladín manchego, no las colocaríamos junto á las de Lanzarote ni demás héroes de la Tabla Redonda, por cuanto D. Quijote no hace acto de traición á ninguno de sus amigos y es respetuoso para con las damas; tampoco formarían parte de las crónicas cuyo punto principal son los hechos de armas del Emperador francés y su mesnada, no hallándose, como no se hallan, en el libro de Cervantes, aquellas discusiones teológicas de que tanto abundan el *Carlo Magno* y demás libros carolingios; y, aun cuando sus proezas no tienen por teatro el extremo oriente, hemos de decir que el honor, el amor y la hidalguía de nuestro hidalgo corren parejas y aun superan al de Amadis de Gaula, y sin vacilar colocaríamos el *Don Quijote* entre los demás libros del ciclo greco-asiático.

4. ...los tesoros de los caballeros andantes son, como los de los duendes, aparentes y falsos. — En el *Tesoro de la Lengua Castellana*, en la voz *Duende*, se lee: «*Tesoro de duende*, dezimos la hazienda que toda se consume y se deshace sin saber en que se ha gastado. Ay opinion que estos duendes que abitan los lugares subterranos, tienen a su cuenta el guardar los Tesoros escondidos: y algunos dizen que la fin del mundo los han de manifestar al Antecristo, para que con ellos haga guerra, y atrayga asi los coraçones de los hombres codiciosos, y sea poderosísimo en la tierra, y que por esta causa, quando los que buscan tesoros dan en los lugares donde estan se les bueluen en carbonos, de donde nació el Prouerbio: *tesoro de duende*.»

6. ...que della tengo, sin perjuicio, pero, de los. — Seguimos la lección de la Cuesta, con todo y ver que el texto resulta algo ininteligible. Clemencin señala que en este pasaje se observa la «tarabilla disparatada de un loco que, empezando por un discurso concertado sobre la diferencia entre el amor y el agradecimiento, se pasa de repente á otro asunto inconexo, cual es el del encanto de Dulcinea y los azotes de Sancho».

No seguimos la variante *empero*, que se lee en Tonson, porque no aclara lo obscuro que aparece este pasaje. Y, á propósito de dicho vocablo, trasladaremos aquí unas cuantas líneas del Dr. Cortejón referentes á la citada conjunción:

«La adversativa *empero*, envanecida por su pompa y sonoridad, como su padre el orgulloso *enimpero* de los latinos, sostuvo primeramente reñido combate con la muy solapada de la conjunción *mas*; luego, deslumbrada por el arreo de su composición, entró en lucha con el sencillísimo *pero*, y como Dios abate á los soberbios, dió á ésta, en premio de su humildad, la victoria,

que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte y en castigar esas carnes (que vea yo comidas de lobos), que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora.

— Señor, — respondió Sancho: — si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: «Si os duele la cabeza untaos las rodillas.» Á lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leído, que tratan de la andante caballería, no ha visto algún desencantado por azo-

encerrando en el castillo de las leyes á la vanidosa *empero*, hasta que cumplido el arresto y aburrida de tan miserable vida, se refugió en la poesía y en la gerundiana elocuencia. No ha de maravillar. pues, verla clavada por Iriarte (1) en la picota del arcaísmo, ni que, más que de inoportuna, se la califique de presuntuosa, cuando asoma la cabeza en los escritos de remilgados puristas, fascinados acaso, por la acogida que tal cual vez le dió Cervantes en su inmortal novela.» (CORTEJÓN. *Arte de componer en prosa castellana*. — Madrid, 1911, pág. 293.)

Y tiene razón nuestro venerado maestro: la conjunción adversativa *empero*, que rara vez asoma la cabeza en los escritos de nuestros contemporáneos, fué de uso general y corriente en época del autor del *Don Quijote*, y, usada por éste, aparece en los siguientes pasajes:

«...les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo, *empero*, el hallazgo de la maleta.» (I, 27; — t. II, pág. 260, línea 3.)

«— Eso, hermano Sancho... entiéndese en cuanto al gozar la renta; *empero* al administrar justicia ha de entender el señor del estado.» (I, 50; — t. III, pág. 342, línea 18.)

«...*empero*, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos.» (II, 14; — t. IV, pág. 234, línea 15.)

«Halló D. Quijote ser la casa de D. Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, *empero*, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle.» (II, 18; — t. IV, pág. 279, línea 4.)

«...encubiertas, *empero*, de lienzo blanco.» (II, 35; — t. V, pág. 181, línea 6.)

«...*empero* esta condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna*.» (II, 38; — t. V, pág. 223, línea 9.)

«*Empero* nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos.» (II, 56; — t. VI, pág. 115, línea 1.)

8. Á lo menos yo osaré jurar... no ha visto algún desencantado por azotes. — Y tenía razón el escudero. ¡En gran compromiso se hubiera visto D. Quijote á tener que indicar algún desencantamiento por medio de azotes! Á nosotros, que hemos leído bastantes libros de caballerías, nos sería en extremo difícil el señalar algo que ni remotamente pueda compararse al modo de desencantar á la sin par paloma tobosina.

(1) El retrato de Golilla.

tes; pero, por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana y el tiempo me dé comodidad para castigarme.

— Dios lo haga, — respondió D. Quijote, — y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligación que te corre
5 de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mío. »

En estas pláticas iban siguiendo su camino cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle ^a D. Quijote, y ^b dijo á Sancho: « — Este es el prado donde
10 topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar é imitar á la pastoral Arcadia; pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitación, si es que á ti te parece bien, querria, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas y

a. ...toros; y reconociéndole Don. Ton. = b. ...Quijote dijo. C. 4, BR. 4, 5, Ton.

7. ...atropellados. — « Pasar precipitadamente por encima de alguna persona. » En época de nuestro autor usábase también *tropellar*.

« Hieren, dañan, *tropellan*, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los barbaros por esto no se admiran
Antes cobran el campo y los retiran...
Pero con mayor furia compelidos
El camino empezado proseguian
Dejando á veces muerta y *tropellada*
Alguna de la gente desmandada. »

(ERCILLA. *La Araucana*, III y XXII.)

10. ...pensamiento tan nuevo como discreto. — « No se le puede llamar nuevo, — escribe Clemencin, — pues que se trataba de imitar á la pastoral Arcadia, y atendiendo á la *Arcadia* de Sanázaro, al *Pastor de Filida*, á la *Diana* de Montemayor, del Salmantino y de Gil Polo, y aun á la misma *Galatea* de Cervantes, donde se introducen personajes cultos remedando á los pastores. »

Á esta observación contesta el autor de *Cervantes vindicado*: « Asi pues el Comentador no ha entendido cual es el pensamiento de las bizarras pastoras y los gallardos pastores de que se habla en el texto. El pensamiento de estos no era componer un poema, por ejemplo, en que con pastores fingidos se imitase á los verdaderos de la Arcadia, lo cual no hubiera sido de seguro un pensamiento nuevo, existiendo ya las composiciones que menciona el Comentador, sino el renovar con personas de carne y hueso, y con ocupaciones reales y verdaderas en el campo, la antigua Arcadia. Á este pensamiento llama D. Quijote nuevo, y no le falta razon para ello. »

11. ...querria, ¡oh Sancho!, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. — Á tal punto llega la melancolia de nuestro hidalgo, que no debe causar extrañeza ver la facilidad con que abandona la idea de la andante caballeria para convertirse en pastor. Admirablemente describe ese cambio el tantas veces nombrado frenópata al decir que « para un

todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias; y, llamándome yo el pastor Quijotiz y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando

tránsito semejante, basta á veces á los alienados, como para las mudanzas de algunas de sus ideas, conatos ó determinaciones, la súbita vista de un objeto, la renovación de una memoria ú otras coincidencias por el mismo estilo... Un hecho de fisiología patológica, bien determinado y visible, resalta en esta mudanza, y es el *adormecimiento del delirio*; que asi me parece propio denominarlo, en contraposición á la vigilancia del mismo desorden psíquico... Delirio que se adormece, delirio que se muere. Delirio monomaniaco, á cuyo lado germina, nace y crece otro, cualquiera que sea su especie, pronto se consume y se anonada. La idea pastoril introducida en no sé cuál escondrijo del cerebro, donde moraba la caballeresca, habia de desalojarla forzosamente. La monomania es impenetrable, como los cuerpos. Dos monomanias no caben en una cabeza: su coexistencia implica contradicción. En el gobierno de la mente, la monomania es la dictadura absoluta y despótica. » (*Primores del Don Quijote*, pág. 184.)

Esta nueva locura es la que se temia la sobrina, por cuyo motivo dice al cura que « no seria mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que seria peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza. » (I, 6; — t. I, pág. 154, línea 2.)

2. ...nos andaremos. — El insigne autor del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana* indica que el verbo *andar*, en la significación general de « ir recorriendo algún espacio, ora sea dando pasos, ora de alguna otra manera », aparece algunas veces con dativo reflejo ó reflexivo, « que da á entender el gusto ó libertad con que se ejerce la acción ». Y señala no solamente el pasaje que motiva la presente nota, sino estos que siguen:

« *Andase* vuesa merced con encantados, ayunos y vigilantes: mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere. » (II, 23; — t. IV, pág. 367, línea 18.)

« ...pisen ellos los lodos, y *ándeme* yo en mi coche levantados los pies del suelo. » (II, 50; — t. V, pág. 505, línea 2.)

Y, á propósito de la vida campestre, vea el lector el contraste entre la pastoril descrita por D. Quijote y lo manifestado por Berganza en el *Coloquio de los perros*, y, entre el idealismo del héroe manchego y los toques realistas descritos por el famoso perro, podrá formar parangón entre el modo de pensar y ver las cosas del uno y el del otro.

« Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores, y todos los demás de aquella marina tenían de aquellos que habia oído leer que tenían los pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo do va Juanica*, y otras cosas semejantes, y esto no al son de chirumbelas, rabeles ó gaytas, sino al que hacia el dar un cayado con otro, ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos: y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que, solas ó juntas, parecia, que no cantaban, sino que gritaban ó gruñían: Lo mas del día se les pasaba espulgándose, ó remendándose sus abareas; ni entre ellos

aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche; gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos ^a, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.

— Pardiez, — dijo Sancho, — que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y más que no la ha de haber aun bien visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás, el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de holgarse.

— Tú has dicho muy bien, — dijo D. Quijote; — y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascón; el

a. ...hacernos famosos, y eternos no solo. Ton.

se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas y Dianas; ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antonos, Domingos, Pablos, ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna: que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes; y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro. » (Coloquio de los perros.)

3. Daránnos con abundantísima mano. — Digna compañera de aquella hermosa descripción de la edad de oro, que se lee en el cap. 11 de la primera parte, es esta inspiradísima página, en la que aparece la sonoridad y armonía del habla castellana.

8. ...conceptos. — *Concetos* y *conceptos* eran formas vacilantes en época de nuestro autor.

«...pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intención, dando á entender vuestros *conceptos* » (I, pról.; — t. I, pág. 27, línea 7.)

«Entonces se decoraban los *concetos* amorosos del alma.» (I, 11; — t. I, pág. 237, línea 14.)

Y en *La pícara Justina*, edición de Barcelona, 1605 (fol. 217 v.), se lee: «Todas estas aventuras y *concetos* me lleuauan empapirotada el alma.»

barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso ^a, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso; al cura no sé qué nombre le pongamos,

a. ...llamar Miculofo. C., BR.,

1. ...como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso. — ¿Qué puede decirse, referente á Boscán, después de lo manifestado por el Maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo? ¿Qué puede decir el crítico y el historiador que no haya sido explicado ya por ese gigante de la crítica? Copiar aquí algunos pasajes de su estudio es lo que debemos hacer y hacemos, en bien de los lectores y en descargo de nuestra conciencia.

« El Nemoroso de las tres églogas, ¿es Boscán? »

Á primera vista parece que sí, y es la opinión del Brocense en sus breves pero excelentes anotaciones: « *Salicio*, es Garcilaso; *Nemoroso*, Boscán, porque *nemus* es bosque. » Lo mismo creía Cervantes... »

« Pero muy otra era la opinión de Herrera, que, contradiciendo al maestro Sánchez en esto como en otras muchas cosas, dice así en su voluminoso comentario: « El otro pastor que llora la muerte de su ninfa (en la égloga primera) es *Nemoroso*, i no, como piensan algunos, es Boscán, aludiendo al nombre, porque *nemus* es bosque, pues vemos en la égloga segunda, donde refiere Nemoroso á Salicio la historia que mostró Tormes á Severo, que el mismo Nemoroso alaba á Boscán, i en la tercera lloró Nemoroso la muerte de Elisa; »

« Entre la verde ierba degollada: »

la cual es doña Isabel Freire, que murió de parto; y así se dexa entender, si no m'engaño, que este pastor es su marido don Antonio de Fonseca » (1).

Quiénes eran D. Antonio de Fonseca y su mujer, y qué relación tenían con Garcilaso, nos lo declara en su *Miscelánea*, D. Luis Zapata, que probablemente los había conocido, y á quien pareció muy mal la interpretación de Herrera:

« Estando la corte en Toledo, D. Antonio de Fonseca, caballero principal de Toro, casó con doña Isabel Freyle, una dama de la Emperatriz, á cuya muerte hizo Garcilaso una parte de la segunda (*sic*: es la primera) égloga que lloró Boscán, habiendo sido su servidor antes que se casase, con el nombre de *Nemoroso*, de *nemus*, y ella en nombre de *Elisa*, de Elisabet ó Isabel, que todo es uno. Y dice: »

« Al mar de Lusitania el nombre mio... »

porque era portuguesa, aunque algunos comentadores de Garcilaso, antes calumniadores, niegan que fuere Boscán este Nemoroso, diciendo que fué el mismo D. Antonio de Fonseca, porque casó con ella; en lo cual yerran, porque don Antonio de Fonseca en su vida hizo copla, ni fué de la compañía de Garcilaso, como Boscán, ni tuvo ramo de donde saliese y se dedujese como de Boscán (*nemus*) Nemoroso. Y volviendo al dicho, murió luego doña Isabel, luego como con ella D. Antonio se casó, y por eso don Hurtado, marqués de Cañete, discretísimo caballero que fué despues virrey del Perú, dijo: « Oh dichoso hombre, que se casó con su amiga y se le murió su mujer » (2).

(1) *Obras de Garcilaso de la Vega, con anotaciones de Fernando de Herrera...* En Sevilla, por Alonso de la Barrera, año 1580. — Pág. 409-410.

(2) *Memorial Histórico Español*, XI, pág. 384.

sino es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor Cu-

Inédita la *Miscelánea* hasta el siglo XIX, no pudo ser muy conocido este pasaje (1) que parece tan decisivo, y que, sin embargo, creemos que no resuelve la cuestión. Tamayo de Vargas, tercer comentador de Garcilaso (en 1622), y Azara, que es el cuarto y último hasta ahora (en 1765), siguieron el parecer de Herrera, sin añadir ningún argumento nuevo.

La luz que no nos dan en este caso los comentadores castellanos, acaso la encontraremos en los portugueses. Manuel de Faria y Sousa, que en el farrago indigesto de sus disquisiciones sobre Camoëns no deja de tener muchas cosas útiles, expone sobre el nombre poético de Nemoroso una tercera interpretación, que defendida por él parece muy descabellada, pero que en sí misma no lo es, como veremos: «Aunque siempre se entendió ser Boscan el *Nemoroso*, de que Garcilaso usa, sus anotadores dan razones para que no sea Boscan, pero ellas no son buenas. Lo cierto es que no fué Boscan, ni otro alguno, sino que Garcilaso se representa con ambos nombres; y esto es ordinario entre los escritores de églogas... El introducir nombres sirve solo al diálogo; pero la persona es una sola. Así, en la égloga de Garcilaso, lo mismo es Salicio que Nemoroso... Esto entendió Francisco de Sa bien, porque escribiendo una égloga á la muerte de Garcilaso le llama Nemoroso, no pudiendo ignorar que su nombre propio en ellas es el de Salicio» (2). Resulta de otra nota de Faria que el enamorado de doña Isabel Freyre no fué Boscan, como creyó D. Luis Zapata, sino Garcilaso: «De sus amores fué Garcilaso muy dretido estando ella en Palacio; y á ella son los más de sus versos: y aunque un anotador dice se entiende por Nemoroso su marido D. Antonio de Fonseca Garcilaso la llora por sí, como quien la galanteó en Palacio antes de casar, y bien puede ser que con intento de casar con ella» (3).

Prefiero la traducción de Faria á la de Zapata; porque no es verosímil, ni posible siquiera, que la divina lamentación de Nemoroso, que es lo más tierno y apasionado que brotó de la pluma de Garcilaso, sea el eco ó el reflejo de una pasión ajena, de la cual, por otra parte, no hay rastro en los versos de Boscan. Garcilaso ha puesto en aquellas estancias todo su corazón y habla allí en nombre propio, no en el de su amigo, ni mucho menos en nombre del marido de su dama.

La égloga de Francisco Sa de Miranda á que Faria alude, es también muy significativa. Sa de Miranda, cuyos primeros ensayos en el metro italiano son coetáneos ó muy poco posteriores á los de Boscan, fué admirador ferviente y discípulo entusiasta de Garcilaso, con quien tenía alguna relación de parentesco. Conocía íntimamente su vida é hizo su apoteosis en la égloga *Nemoroso*, escrita en 1537 para solemnizar el primer aniversario de su muerte:

«Hoy cumple el año del buen *Nemoroso*.
¡Qué solos nos dexó; mas cuanto aina!
El fuesse al deseado su reposo...» (4)

(1) Fué citado, sin embargo, en la advertencia, escrita probablemente por D. Juan Antonio Pellicer, que se puso en la reimpresión del *Garcilaso*, de Azara. (Madrid, Sancho, 1788.)

(2) *Rimas varias de Luis de Camoëns... comentadas por Manuel de Faria y Sousa... Lisboa... En la Imprenta Craesbeckiana. Año 1689.* — T. IV, pág. 211.

(3) Pág. 212.

(4) Pág. 350 y siguientes de la edición de D.^a Carolina Michaelis.

riambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y, pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.

— No pienso, — respondió Sancho, — ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más que, celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo; y, si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma.

— ¡Válame Dios, — dijo D. Quijote, — y qué vida^a nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á

a. ...y qué vida que nos. Tox.

Sa de Miranda designa constantemente á Garcilaso con el nombre de Nemoroso, y á su dama con el de Elisa (1). En esto se funda la doctísima escritora D.^a Carolina Michaëlis de Vasconcellos en su magistral edición y comentario de Sa de Miranda (2), para resucitar y defender la olvidada opinión de Faria y Sousa. *Nemoroso* y *Salicio* (anagrama imperfecto de Garcilaso), son ambos seudónimos del poeta, y Elisa es D.^a Isabel de Portugal, casada en 1526 con Carlos V. No sabemos cuándo comenzarían los amores de Garcilaso, amores que debemos creer platónicos («sin esperanza ni correspondencia», dice D.^a Carolina), aunque después de tanto tiempo sea difícil averiguarlo, pero que de ningún modo podían ir encaminados á matrimonio, puesto que aquel mismo año se había casado Garcilaso con D.^a Elena de Zúñiga, que le sobrevivió, como es notorio.

Admitida la duplicación poética del personaje de Garcilaso en la égloga primera, adquieren el prestigio de la sinceridad las inmortales quejas de Nemoroso, y se aumenta, si es posible, su extraordinaria belleza, no superada quizá por ninguna elegía castellana.»

1. *Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres.* — Clemencín propone: «Podremos escoger, como entre peras, los nombres de las pastoras de quien hemos de ser amantes.» Y debemos decir que, á nuestro entender, resultaría más claro el sentido.

13. — ¡Válame Dios, — dijo D. Quijote, — y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos. — D. Quijote no solamente conocía la literatura andantesca, sino que también había leído algo de la pastoril, entonces tan en boga. Ya ha visto el lector que en la librería

(1) Pág. 372. — «En la muerte del pastor Nemoroso Laso de la Vega.»

(2) *Poesías de Francisco de Sa de Miranda... Edição feita... por Carolina Michaëlis de Vasconcellos, Halle, Max Niemeyer, 1885.* — Pág. 831-834.

nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de^a tamborines^b,

a. ...que tamborines. C., BR., — b. ...que de tamborinos. FK.

del famoso manchego no sólo figuraba *La Diana*, de Montemayor, sino que además tenía la de Alonso Pérez y la de Gil Polo; *Los diez libros de Fortuna de Amor*, de Lo Frasso; *Las ninfas y pastores de Henares*, de González de Bovadilla; *El pastor de Filida*, de Gálvez de Montalvo, y algunas otras más correspondientes á asuntos bucólicos. Por esto nada tiene de extraño que el héroe manchego describa tal como él había leído la vida que se proponían hacer yendo con cayado y pellico de valle en valle y de otero en otero, cantando endechas y lamentando ausencias.

Chirumbelas se lee en el *Coloquio de los perros*: «...diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zamponas, rabeles y *chirumbelas* y con otros instrumentos extraordinarios... y esto, no al son de *chirumbelas*, rabeles ó gaitas, sino al que hacia el dar un cayado con otro.» Y *churumbelas* en el pasaje que motiva la presente nota.

La Academia dice que es «instrumento de viento, semejante á la chirimía». Covarrubias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, «género de instrumento, que se tañe con la boca en forma de chirimía». Pedrell no lo menciona en su *Organografía musical antigua española*, como tampoco aparece citado por Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de todas ciencias y artes*. El malogrado académico D. Cecilio de Roda, en conferencia dada en el Ateneo de Madrid (1), dijo: «Con los rabeles, junta D. Quijote en sus fantasías sobre la vida pastoril, cuando vencido por el Caballero de la Blanca Luna, va de retiro á su aldea, las *churumbelas*, las gaitas zamoranas, los tamborines, las sonajas y los albogues. Con algunos de estos nombres se designaban instrumentos diversos. Las *churumbelas*, por ejemplo, figuran en el *Paso honroso de Suero de Quiñones*, como instrumento militar... en el sentido que les da D. Quijote, deben referirse á un instrumento, muy en uso por entonces, análogo y más pequeño que las chirimías.»

1. ...qué de gaitas zamoranas. — ¿Puede decirse algo más de la *gaita* que no lo haya indicado ya D. Ramón de Arana en su magistral estudio publicado en la *Revista Musical*, de Bilbao, en Agosto de 1911? No lo creemos. El *Solo de Gaita* puede satisfacer al crítico más exigente, y resumir el trabajo del erudito musicógrafo no es cosa hacedera, por cuanto las citas y notas que acompañan al texto son importantísimas.

Referente á la *gaita zamorana*, véase la nota del t. IV, pág. 316.

1. ...qué de tamborines. — El *tamborino*, *tamborine* ó *tamboril* viene á ser un tambor pequeño que, colgado del brazo izquierdo, se toca con un solo palillo ó baqueta, y, acompañando, por lo común, al pito, se usa en las danzas populares.

« Con trompetas y añafles,
Clarines de mil metales,
Dulzainas, flautas reales,
Tamborinos muy gentiles.»

(J. DEL ENZINA. *Triunfo del Amor*.)

(1) *Los instrumentos músicos y las danzas en el « Quijote »*, Mayo 1905.

y qué de sonajas, y qué de rabeles! Pues ¿qué si destas^a diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán^b casi todos los instrumentos pastorales.

— ¿Qué son albogues, — preguntó Sancho, — que ni los he oído nombrar, ni los he visto en toda mi vida? 5

a. *Pues que si entre estas diferen-* | MAT., BENJ. — b. ...*allí se vera casi.*
cias. A., CL., RIV., GASP., ARG., | C., BR.,

En el celebrado libro de caballerías *Tirant lo Blanch* se lee: «La música partida en diversas parts per les torres e finestres de les grans sales, trompetes, anafils, charons, *tamborinos*, charamites e musetes e tabals ab tanta remor e magnificencia que nos podien defendre los trists de molta alegría.»

1. ...y qué de sonajas. — El Arcipreste de Hita, en su *Libro de Amor*, escribe:

« Dulce canno entero sal con el panderete
Con sonajas de azofar, fassen dulce sonete.»

Y las *sonajas*, según la Academia, es «un instrumento rústico que consiste en un aro de madera delgada con varias *sonajas* (chapas de metal pasadas en un alambre) colocadas en otras tantas aberturas.»

1. ...y qué de rabeles! — Para Pedrell, el *rabel*, *rabé*, *rabelillo* y *rebequin* fué uno de los instrumentos músicos más en boga entre los juglares, y en el siglo XVI adquirió gran desarrollo, transformándose más tarde en violín.

«Es el único instrumento de arco, que se cita en el *Quijote*, — dice D. Cecilio de Roda, — y era análogo á las rebecas, poseía tres cuerdas afinadas en intervalos de cuarta y quinta, del grave al agudo y se servía únicamente para acompañar el canto.»

Y tiene razón tan distinguido musicógrafo, por cuanto sirve para acompañar á Antonio la caución que figura en el cap. II de la primera parte, que comienza:

« Yo sé, Olalla, que me adoras.»

Que el *rabel* era el instrumento favorito de los pastores, lo demuestran los siguientes pasajes:

«Pues estando de la manera que oyo, cada uno perdido por quien no le quería, Alanio al son de su *rabel* comenzó a cantar lo siguiente:

« No más ninfa cruel, ya estás vengada
No prueves tu furor en un rendido.»

(MONTEMAYOR. *La Diana*, lib. I.)

«...y entendiendo que aun que lo rehusasse, le hauian de hazer cantar, sin mas aguardar tomando su *rabel*, assi canto:

« Los años del que mas bivio en el suelo
Os concedan los dioses inmortales.»

(A. PÉREZ. *Segunda parte de La Diana*, lib. I.)

«...tanto que uno de los marineros sacando de una arca un *rabel*, con que solía en la pesadumbre de los prolixos y peligrosos viajes deleytarse se puso á tañer y cantar así:

« Recoge a los que aflige el mar ayrado
O Valentino, o venturoso suelo.»

(G. GIL POLO. *Diana enamorada*, lib. III.)